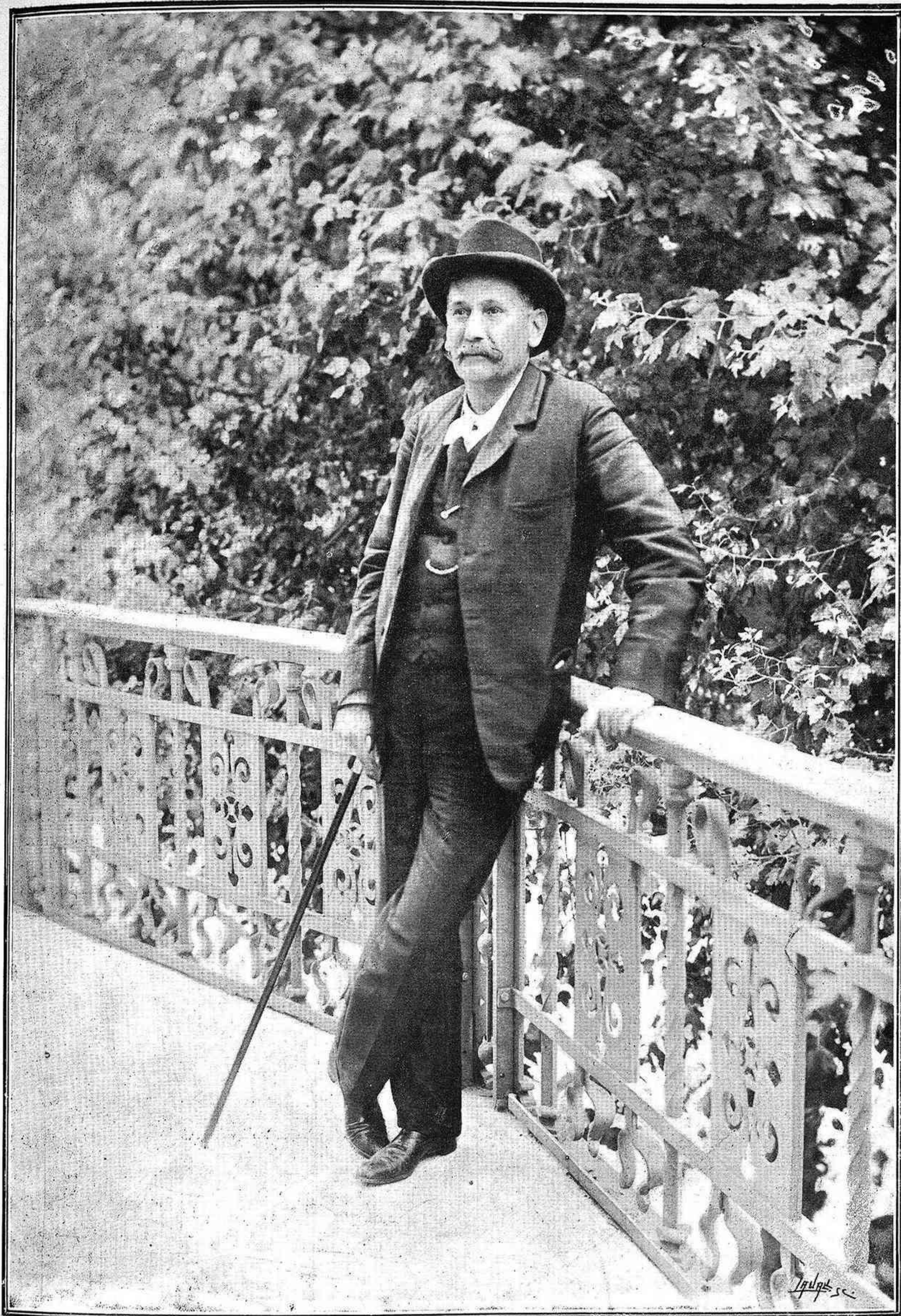


ESTUDIO
FOTOGRAFICO



PLUMA Y LAPIZ

Número 143

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

La señorita Perla

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

Entonces me quedé aterrado. En un segundo, mil pensamientos, mil hipótesis cruzaron por mi mente. ¿Querían hacerme designar á una de las señoritas Chantal? ¿Era este un medio de hacerme declarar la que quería? ¿Era una suave, ligera é insensible insinuación para un posible matrimonio? La idea del matrimonio impera constantemente en todas las cosas donde hay jóvenes casaderas y toma todas las formas, todos los disfraces y todos los recursos. Un miedo atroz de comprometerme se apoderó de mí, y, al mismo tiempo, una extraña timidez ante la actitud obstinadamente correcta de las señoritas Luisa y Paulina. Elegir á una de ellas en menosprecio de la otra me pareció tan difícil como escoger entre dos gotas de agua; y, luego, el temor de aventurarme en un negocio que me llevaría al matrimonio á pesar mío, muy inocentemente, por procedimientos tan discretos, tan disimulados y tan suaves, como resultaba aquel insignificante reinado, me turbaba horriblemente.

Pero de pronto tuve una inspiración y ofrecí á la señorita Perla la simbólica muñeca. Al principio, todo el mundo se sorprendió, pero luego se apreció, sin duda, mi delicadeza y mi discreción, porque todo el mundo aplaudió con entusiasmo:

—¡Viva la reinal ¡Viva la reinal!—gritaban todos.

Respecto á ésta, la pobre solterona perdió por completo la serenidad, temblaba de emoción y balbuceaba:

—¡No, no; se lo ruego... á mí no... por Dios!—

Entonces por primera vez en mi vida miré á la señorita Perla y me pregunté lo que era.

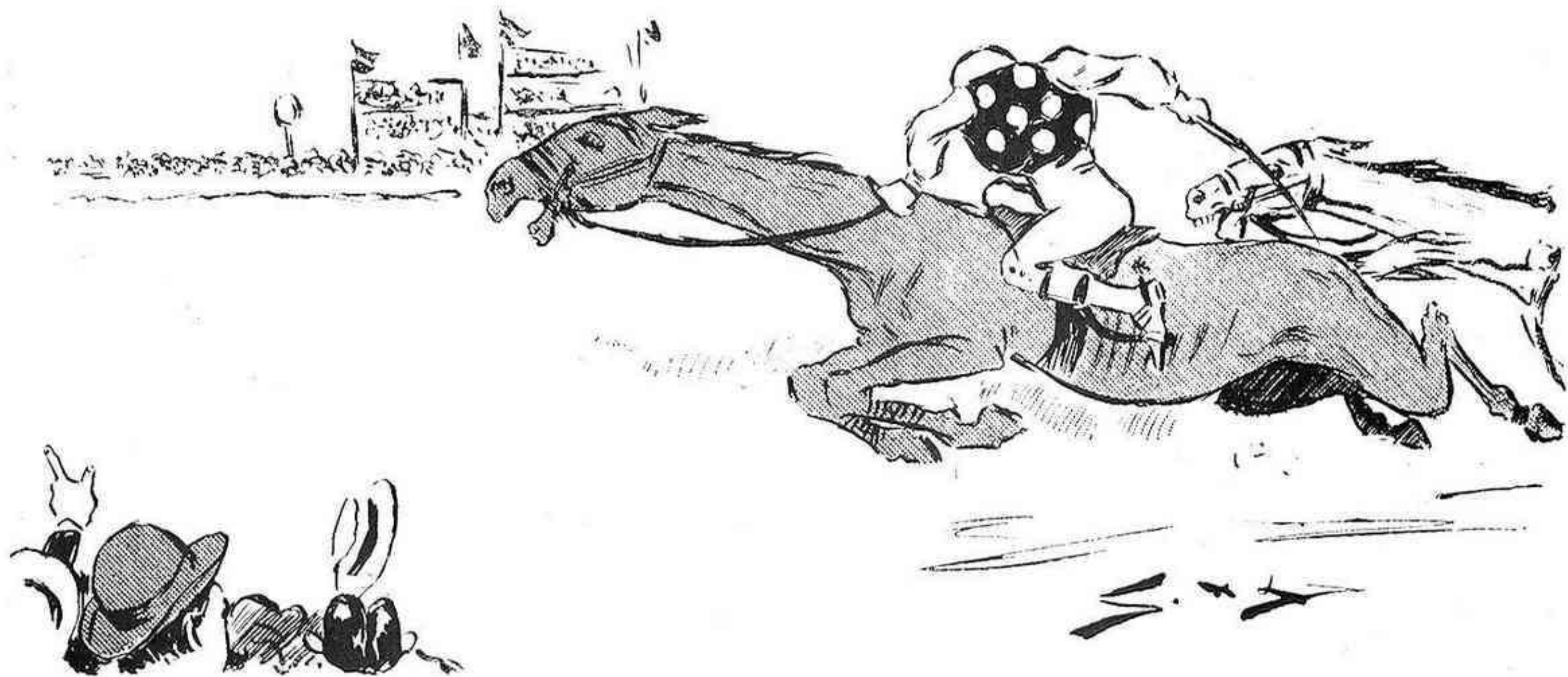
Estaba acostumbrado á verla en aquella casa como se ven los sofás antiguos en los que se sienta uno desde su infancia sin haber fijado nunca la atención en ellos, hasta que llega un día en que, sin saber por qué, un rayo de sol ilumina el asiento y se dice uno de pronto: «¡Caramba, pues si es muy curioso este mueble!» Y entonces advierte uno que la madera ha sido trabajada por manos de artista, y en que la tela que lo adorna es muy notable. Nunca me había fijado en la señorita Perla.

Formaba parte de la familia Chantal, y esto era todo; pero ¿cómo? ¿Con qué título? Era una muchacha alta y delgada que se esforzaba por pasar inadvertida, pero que no dejaba de ser interesante. La trataban amistosamente, mejor que á una doncella, pero peor que á una parienta.

Aquel día noté una porción de circunstancias que habían pasado ignoradas hasta entonces. La señora Chantal le decía: «Perla»; las jóvenes «señorita Perla», y Chantal sólo la llamaba «señorita» con tono tal vez más respetuoso.

Me puse á mirarla. ¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años. Aquella mujer no era vieja, pero estaba envejecida, y esta circunstancia llamó de pronto mi atención. Se peinaba, vestía y adornaba ridículamente, y á pesar de esto, tenía una gracia tan sencilla y natural, tan velada y oculta, que no resultaba ridícula. ¡Qué criatura más graciosa! ¿Cómo no me había fijado en ella mejor? Se peinaba de una manera grotesca, con ricitos sumamente raros, y bajo aquella cabellera de virgen conservada, se veía una frente serena surcada por dos

DE LA HÍPICA, por SIERRA DE LUNA



En las naciones de unos tiempos bárbaros.

profundas arrugas, dos arrugas de largas tristezas, y luego dos ojos azules, grandes y cariñosos y tan tímidos, tan humildes, dos ojos hermosos llenos de inocentes asombros, de frescas sensaciones y también de pesares que habían sido sentidos por dentro sin lograr turbar sus miradas.

Todo su rostro era fino y discreto, una de esas caras que se han marchitado sin haber sido gastadas ó ajadas por las fatigas ó las grandes emociones de la vida.

¡Qué boca tan linda! ¡Y qué bonitos dientes! Pero se hubiese dicho que no se atrevía á sonreír.

Y bruscamente la comparé con la señora Chantal. A decir verdad, la señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más fina, más noble, más arrogante.

Yo estaba embobado en mis observaciones. Se servía el champagne, y ofrecí mi copa á la reina. Noté que sintió deseos de taparse la cara con la servilleta, y cuando aproximaba sus labios á la copa, todo el mundo gritó: «La reina bebel!» y entonces la señorita Perla se puso roja como la grana y toda sofocada. La familia se reía; pero yo vi perfectamente que no la querían mucho en la casa.

* * *

Acabada la comida, Chantal me dió el brazo. Era la hora de su cigarro, la hora sagrada. Cuando estaba solo iba á fumarlo á la calle; pero, cuando tenía alguien á comer, se subía al salón de billar, donde se fumaba y se jugaba al mismo tiempo. Aquella noche hasta se había encendido fuego en el salón con motivo de los Reyes, y mi antiguo amigo tomó su taco, un taco muy fino, al que dió cuidadosamente tiza y me dijo:

—Vamos, empieza, hijo mío.—

Aunque yo tenía veinticinco años, Chantal me tuteaba porque me conocía desde niño.

Empecé, pues, la partida, hice algunas carambolas y erré otras, y como no podía apartar de mi mente el recuerdo de la señorita Perla, pregunté de pronto:

—Diga usted, señor Chantal, ¿es parienta de usted la señorita Perla?—

Mi amigo dejó de jugar muy asombrado y me miró.

—¿Cómo? ¿No sabes, no conoces la historia de la señorita Perla?

—No.

—¡Tomal ¡Tomal ¡Pues es raro! ¡Oh!, es toda una novela —

Guardó silencio un instante y después agregó:

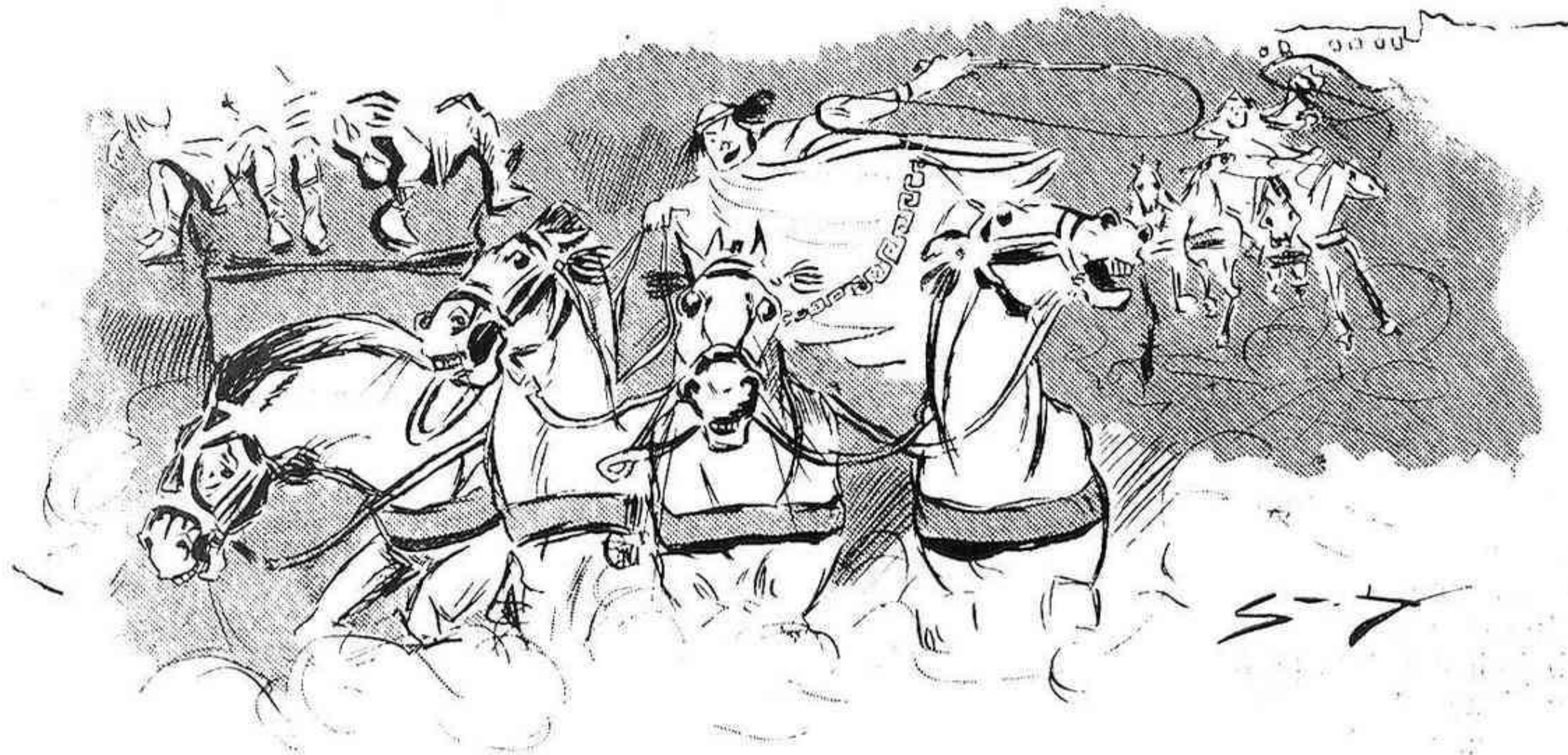
—Y si supiese qué extraño es que me preguntes eso hoy, siendo día de Reyes.

—¿Por qué?

—Que ¿por qué? Escucha. Hoy, día de la Epifanía, hace cuarenta y un años justos. Habitábamos entonces en Ramyle-Tours, en las murallas; pero, primero es preciso que te describa la casa para que lo comprendas bien. Ramy está constituido sobre una costa, ó mejor dicho, sobre un promontorio que domina una grande extensión de praderas. Teníamos allí una casa con un hermoso jardín situado sobre una terraza apoyada en las antiguas murallas. De modo, que la casa estaba en la población, en la calle, mientras que el jardín dominaba la llanura. Tenía también el jardín una especie de salida al campo al extremo de una escalera secreta, que descendía por el interior de las murallas, una de esas escaleras como las que se describen á veces en las novelas. Por delante de aquella puerta, que estaba provista de una gran campana, pues los aldeanos entraban por ella á entregar las provisiones para evitarse un rodeo, pasaba una carretera.

(Se continuará.)

DE LA HÍPICA, por SIERRA DE LUNA



En tiempos de las bárbaras naciones.

Mariucha

Drama de don Benito Pérez Galdós, estrenado con grande éxito en el teatro Eldorado, de Barcelona, la noche del 17 de Julio de 1903

TODA nueva producción dramática del gran novelista autor de los *Episodios Nacionales*, tiene el privilegio de producir sensación profunda, no sólo en los círculos literarios, sino en todo el público aficionado al arte escénico.

Para quienes no hayan tenido ocasión de ver esta obra, que la crítica ha ensalzado debida y justamente, relataremos su argumento.

El marqués de Alto Rey llega á Agramante acompañado de su esposa y de Mariucha, su hija.

Llega á su antiguo palacio, que ya no es suyo, y parte del cual le ha sido cedido por el nuevo dueño, para que en él habite.

Los marqueses viven con el agua al cuello, no tienen un cuarto. Toda la esperanza, la han puesto la marquesa en la Providencia, el marqués en su

hijo Cesáreo, que se dedica á la política y que busca el amparo del Gobierno como única salvación, después de ser rechazado en sus pretensiones amorosas por Teodolinda, una viuda americana, millonaria que reside en el pueblo. Llega Cesáreo, que viene de paso para la capital de la provincia donde se propone conferenciar con un ministro.

Un nuevo personaje entra en escena: León, un carbonero que vive en los bajos del palacio y que sube á pedir al marqués, creyendo á éste dueño aún del edificio, más local para la carbonería.

En las facciones de León piensa Cesáreo reconocer á un antiguo compañero suyo, procesado por estafa y desaparecido de la Corte desde mucho tiempo atrás.

Cesáreo, después de examinar cara á cara á León,



ACTO PRIMERO

considera infundada su sospecha y León sale sin que le reconozcan. Pero el marqués le ha echado la mirada encima: León puede ser una «ayuda». Se deja de cuentos y encarga á su hija que escriba á León, solicitando auxilio.

Entre escribir ó hablar, Mariucha prefiere lo último; y en una entrevista celebrada en el patio del palacio, expone á León las pretensiones de su padre. León confiesa que Cesáreo no se equivocó en su sospecha. Es él, el calavera de otros días, abandonado por todos, por todos, regenerado hoy por la voluntad y por el trabajo. León no puede prestar auxilio alguno. «Mire usted—le dice á María—ahí dentro, duro sobre duro, billete sobre billete, tengo el dinero preciso para pagar mis créditos, que vencerán mañana. Si no pago, vendrá la ruina de mi trabajo hecho á costa de tanto tiempo y de tantas privaciones. Ahora escoja usted entre mi ruina y la ayuda que me pide».

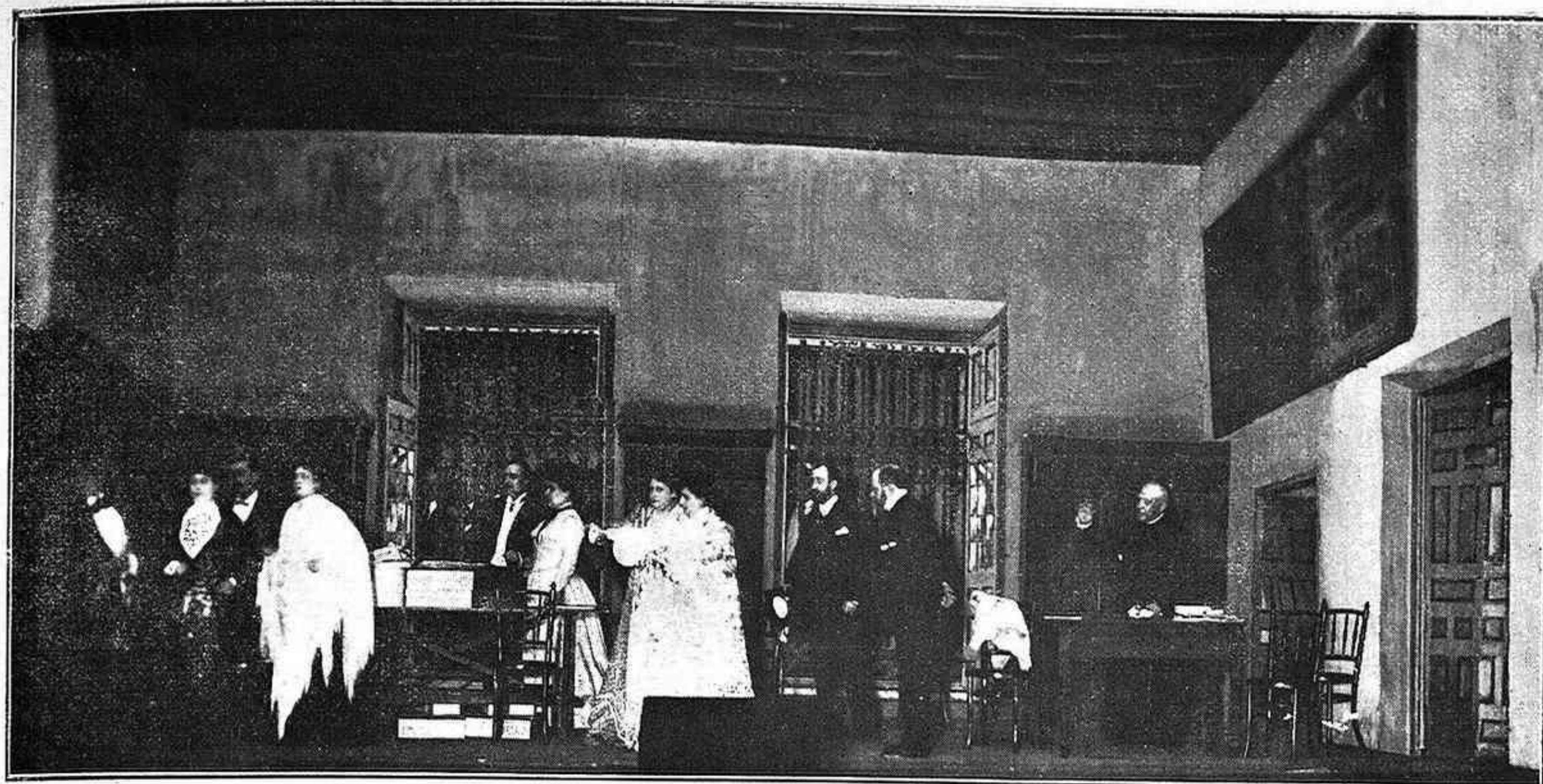
Mariucha se niega á admitir todo auxilio de León.

El ejemplo de éste despierta en ella, las energías dormidas, la conciencia de su propio valer. Márchase León y llega Vicenta, esposa del alcalde mujer presuntuosa, que viene en busca de la hija de los marqueses para asistir á una fiesta en casa de Teodolinda, la viuda millonaria. Mariucha forma la resolución de vender su rico vestido á Vicenta, la cual accede á ello, deslumbrada por las galas y la vanidad de lucirlas.

Comienza para Mariucha una vida nueva. La antigua señorita abandona sus preocupaciones; funda en su propia casa un taller de modas, y sostiene á sus padres con su trabajo, dirigida por León que la aconseja y le ayuda enamorado de ella.

Una noticia viene á turbar esta vida de paz y de trabajo: Cesáreo se casa con Teodolinda. El dinero de la millonaria hará revivir en el palacio de los marqueses, la vida de otros tiempos; vida de derroche y boato.

Pero Mariucha se opone, se resiste. El matrimo-



ACTO TERCERO

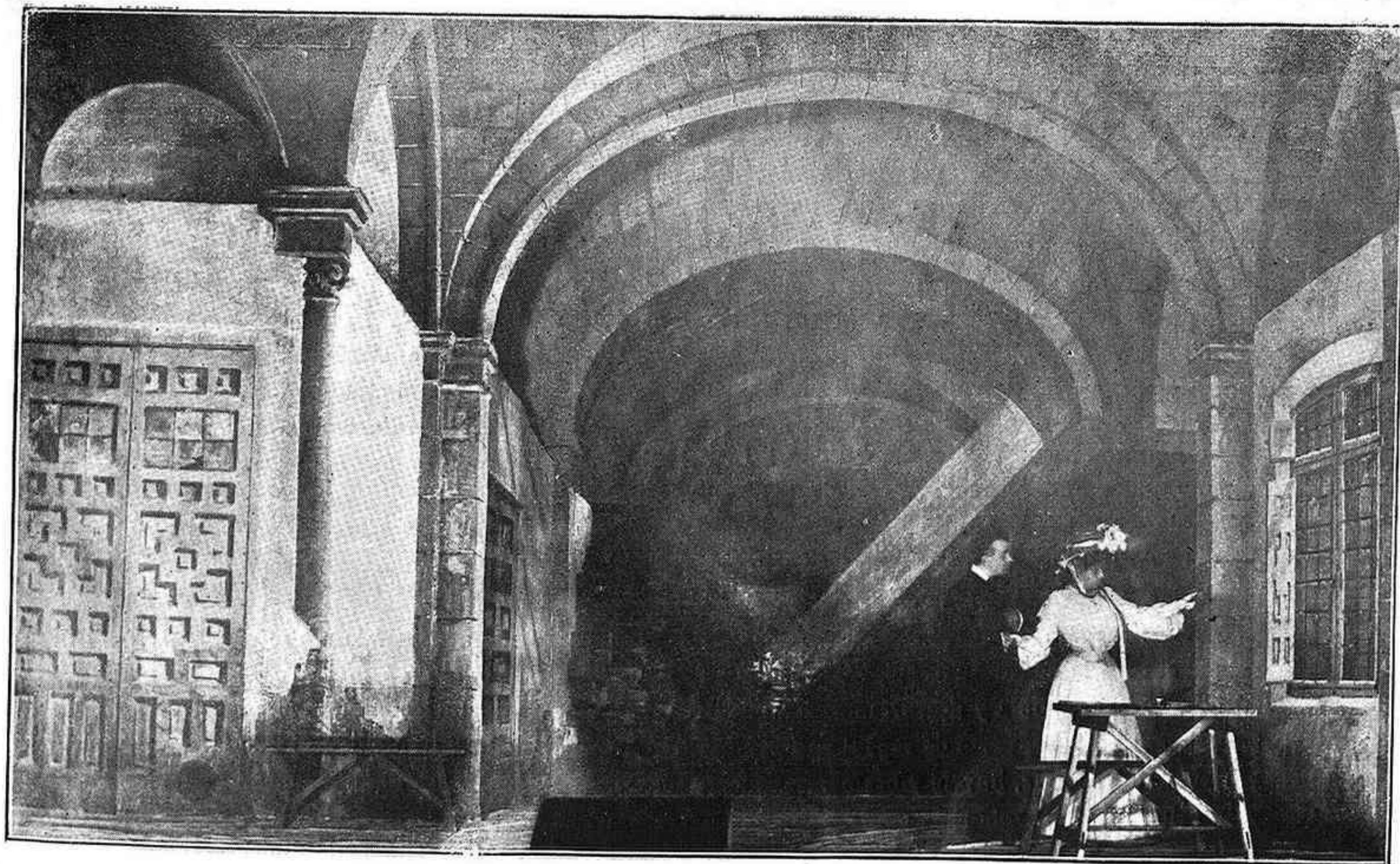
nio de Cesáreo es indigno. Ella no comerá nunca el pan de Teodolinda. Los marqueses intentan someterla; pero Mariucha, que es mayor de edad, rompe con sus padres y huye protegida por don Rafael, el cura del pueblo.

Cesáreo amenaza á León con tramitar de nuevo la causa que se le seguía, sobreesida provisionalmente. León resiste. Cesáreo, en un arranque de ira, intenta herirle, pero, repuesto, arroja el arma. Llega el cura y anuncia á Cesáreo que va á casar inmediatamente á los novios.

Cesáreo se marcha; los marqueses también. Desde una ventana de la carbonería, León y Mariucha les ven partir. Es la generación muerta que pasa, que se va.

Como se ve, la tendencia de la obra es una repetición de la de otras del mismo autor. La voluntad, el trabajo, la juventud, la conciencia individual luchan y triunfan contra el viejo mundo de la tradición, del favoritismo y de la holgazanería.

Esa es la obra.



FINAL DE LA OBRA



Sonetos de tauromaquia

EL célebre don José Zorrilla escribió el siguiente, que habla de la excepción de la regla en la suerte de la pica:

«Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena,
la vista en el jinete, alta y serena,
ancho espacio buscando el asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja,
pálida de valor la faz morena,
é hincha en la frente la robusta vena
el picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama,
sacude el toro la enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama,
le obliga el hombre, parte de repente
y herido en la cervíz, húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.»

Com se ve, está muy bien hablado; pero habla de lo que rara vez sucede.

SOBRE lo que casi siempre acontece, don Manuel del Palacio ha compuesto este admirable soneto, que encierra una verdad profunda:

«Suenan el clarín: la multitud se agita;
ya está en el circo la asombrada fiera,
impávido el jinete que la espera
su atención y su enojo solicita.

—¡Menos vara, morral!— un chusco grita.
—¿Se ha enamorado usted de la barrera?—
El hombre avanza, y rápida y certera
á su encuentro la res se precipita.

Como roca del monte desgajada
rueda el jinete, y ébria de furores
cébase en él la fiera ensangrentada,

mientras, ahogando el ¡ay! de sus dolores,
la imbecil muchedumbre, entusiasmada,
repite:—¡Picadores! ¡Picadores!»

Impasible bondad

ACABÁBAMOS de cenar en uno de esos restaurantes que sólo se llenan de noche. Dotados todos de excelente apetito y de un estómago capaz de digerir los guisos más estrafalarios, sentíamos el bienestar que acompaña á las digestiones fáciles y que aumentan las buenas bebidas alcohólicas. Para prolongar el placer que experimentábamos de sobremesa, rogamos á Pepe Fanjul que nos contara una de las muchas anécdotas ó cuentos que tenía almacenados en la memoria ó que inventaba con una facilidad pasmosa — que esto no lo he sabido nunca á punto fijo.—No se hizo rogar y dijo así:

—No sé si opinaréis como yo; pero, por mi parte he de deciros que el hecho que voy á contaros me produjo una impresión grandísima; me dejó un recuerdo más triste que el drama más espeluznante y me hizo reflexionar con más detención que de costumbre.

—¡Ea, desembuchal

—¡Basta de exordiol

—Aburrido de estar en la ciudad salí al campo hace tres años y pasé larga temporada en él. Busqué un pueblo lejos de toda vía de comunicación, junto á los Pirineos, en un rincón de mundo. Se podía salir de casa calzando alpargatas, con un sombrero de segador y en mangas de camisa. No había en el pueblo más forastero que yo. Así me lo aseguraron cuando menos. Y como la aldea más cercana estaba á más de veinte kilómetros de distancia, separada de mi villorrio por una cordillera abrupta y un río caudaloso, podía pasearme á mis anchas, tumbarme en cualquier bosque de día, en cualquier sitio descubierto de noche sin temor á que me molestara ningún ciudadano.

Durante quince días todo fué á pedir de boca; pero una tarde, al volver á casa, topé con un hombre que, por la traza, no era un campesino. Andaba á paso lento, cabizbajo, por el mismo camino que yo llevaba, pero como mi paso era más rápido que el suyo, pronto le alcancé y dejé atrás. Tan absorto estaba sin duda, en su pensamiento, que no levantó siquiera la cabeza cuando pasé por su lado y saludé.

Al llegar al pueblo me detuve en la esquina de la primera calle, pues quería examinar al taciturno personaje. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, cenceño, de tez tostada por el sol, colorada por una sangre rica, de facciones enérgicas que parecían respirar resolución é inteligencia. Lo que más me llamó la atención fué la expresión de su boca que parecía contraída por una continua mueca de desdén, de ironía, de amargura.

Pronto supe que habitaba desde cinco años antes en el pueblo y que en todo aquel tiempo quizá no había pronunciado quinientas palabras. Era rico probablemente, porque habitaba en la mejor casa del pueblo, que compró y pagó al contado, en buenas monedas. Comía poco, bebía agua; le servía una vieja. Jamás recibía una carta ni un periódico. Cuando la criada le preguntó su nombre,

—Llámeme Juan,—contestó.

Nadie sabía más. Los campesinos le respetaban, porque en una ocasión dió una soberana tunda al gallito del pueblo, por haberse permitido alguna broma que él no quiso tolerar. Sabían, además, que era un tirador inmejorable. Varias veces le ha-

bían visto los aldeanos entretenerse en quitar á balazos todas las bellotas de una rama de roble. Era gran andarín y nadaba como un barbo.

Esto es cuanto pude averiguar del desconocido. Nadie sabía de donde vino, ni nada referente á su vida anterior.

Le vi distintas veces, pero nunca cruzamos una palabra. Tenía en todas ocasiones el mismo aspecto aburrido, la misma sonrisa sarcástica, que más bien parecía el dejo de una mueca antigua que dejara su huella en su boca, que no una mofa de la presente.

Acababa la tarde. Seguíamos ambos el mismo sendero que corre por la margen izquierda del río, á poca altura sobre sus aguas espumajeadas, que pasan encajonadas por aquel sitio. En la orilla opuesta hay otro camino, pero situado á mayor altura. La peña está cortada á pico debajo de él.

De pronto oí un clamor de angustia. Un mozo que iba por la otra orilla cayó al agua. No ignoráis que nado como el plomo. No podía socorrer al desdichado sin la certeza de morir. Pero allí estaba mi desconocido. Miré lo que hacía. El que se ca- yera estaba casi enfrente de él. ¿Cómo no se echaba al río sabiendo nadar? ¿Por qué permanecía impasible? Corrí, llegué. El infeliz se ahogaba; dos veces se había hundido y la corriente se lo llevaba ahora.

Indignado, colérico, apostrofé al desconocido que, pudiendo evitar aquella desgracia, la contemplaba impasible.

Sin turbarse lo más mínimo, con acento reposado, mirándome cara á cara, dijo así:

—No sabe usted lo que se dice.

—¡Caballerol

—Repito lo que he dicho. ¿Imagina usted que tengo yo, que tiene usted, que tiene ningún hombre derecho á intervenir en lo que preparan fuerzas que desconocemos, designios cuya finalidad se nos esconde? ¿Salvar á ese hombre? ¡Para qué! ¿Sabe usted siquiera si al evitarle una muerte casi instantánea le prepara una existencia llena de amarguras, una muerte precedida de desgarradores padecimientos? Veinte años atrás pensaba como usted. Ahora no. Mi brazo no se interpondrá jamás entre el cuchillo y el pecho que va á herir. ¿Arde una casa? Es que debe arder. ¿Muere un hombre? Es que debe morir. En una ocasión salvé de una muerte cierta, como ahora hubiese podido salvar á ese muchacho, á un hombre. Ese hombre, convertido en jefe de un partido político hizo correr ríos de sangre. Yo era el culpable de sus atrocidades, no él. Instruí una vez á una muchacha que parecía la imagen de la inocencia. No hice sino despertar su ambición y sus malas pasiones. Trató de jugar conmigo; no lo consiguió; pero arruinó á una porción de mentecatos y murió roída por una enfermedad asquerosa. Ya ve en qué paran las que se nos antojan buenas acciones; ya ve lo que se saca de querer asumir el papel de Providencia. Adiós, caballero.—

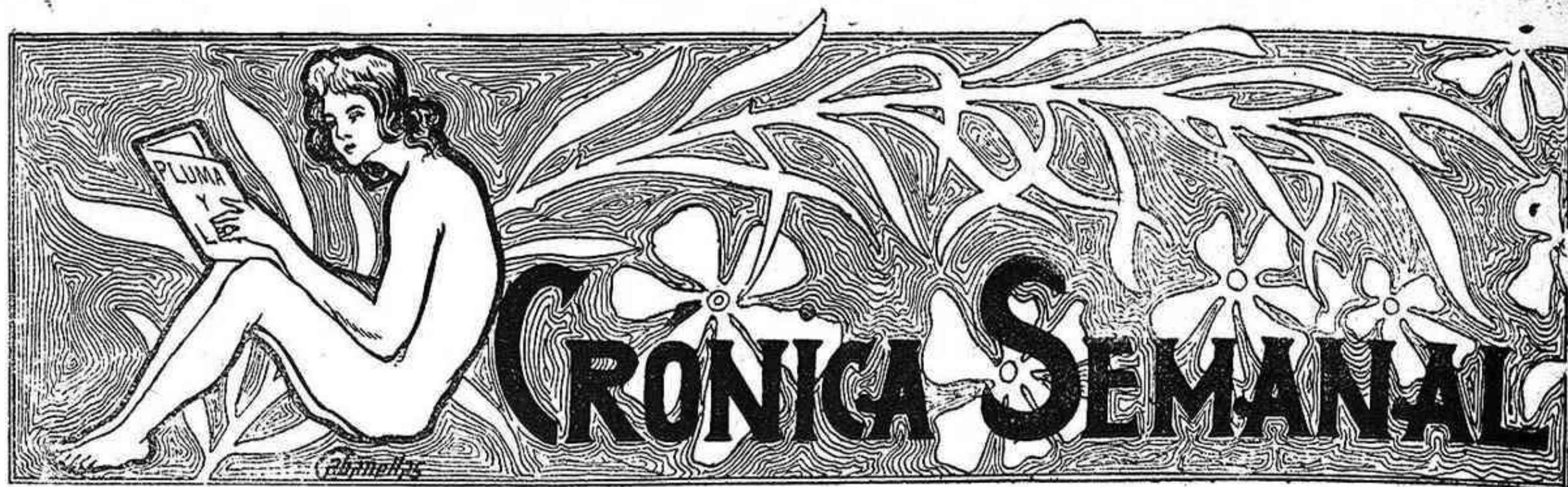
Y me dejó petrificado y con lento paso, con las manos á la espalda, se encaminó al pueblo.

Calló Pepe Fanjul.

—¿Tendrá razón mi desconocido bárbaro?—exclamó al cabo de un instante.

—Es muy posible,—replicó no sé quien.—

A. RIERA



¿Faltaban oradores elocuentes?
 Pues bien, ya hay uno más: Antonio Fuentes.
 ¡Cáspita!—dirá usted.—¿El matador?
 El mismo, sí, señor.
 El maestro del trazo y la muleta,
 que al público en las plazas alborozaba,
 resulta un estadista de coleta,
 después de lo que dijo en Zaragoza.
 De política habló. La prensa cita
 sus frases portentosas, inspiradas...
 Fué en un banquete al que asistió el Villita,
 el cual también echó su cuarto á espadas.
 Fuentes declara que es salmeroniano
 y, á la vez que defiende á Salmerón,
 promete ser, en punto á religión,
 católico-apostólico-romano.
 ¿Católico apostólico?
 Creamos, sin dudar, lo que promete,
 aun cuando al concluir cualquier banquete,
 hay comensal que no está *muy católico!*

* *

Por fin... se verificó el lance entre Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano.

Había quien decía: Verán ustedes como salen ilesos.
 ¿Sí, eh? Pues milagro ha sido que no haya muerto alguno de ellos.

O, por lo menos, que no haya sufrido heridas.

Porque se dijo que, por la noche, para encontrarse los dos prohombres	en una quinta ó en no sé donde, salieron, rápidos, ¡en automóviles!
--	--

* *

¡Anda la órdiga!

En San Sebastián, un tranvía eléctrico choca con un coche y resultan algunos individuos heridos.

En Miranda ocurre otro choque de trenes y quedan destrozados siete vagones...

¡La mar de descarrilamientos y de choques, caballeros!
 Eso es ya el pan nuestro de cada día.

No creo que se equivoque
 quien piense que, en adelante,
 el que un día no haya un choque,
 será una cosa *chocante*.

* *

¿De huelgas, qué?

Pues... que va usted á enterarse de una huelga... tétrica.
 «En Nueva York se han declarado en huelga, pidiendo más jornal, los constructores de ataúdes... (¡Lagarto, lagarto!) Dicen que es cada día más cara la existencia.»

Bien: el jornal se aumenta y ¡está claro!
 el ataúd de precio ha de subir.
 De lo cual se deduce que hasta es caro
 el dejar de existir!

* *

Siempre vivo y alegre,
 siempre travieso,
 Romero, hace unos días,
 en el Congreso,
 con sus agudos chistes
 intencionados
 regocijó á ministros
 y á diputados.
 ¡Hombre de más ardidese!
 Hoy no hay ninguno

tan hábil, tan gracioso,
 tan oportuno.
 ¿Qué es lo que ustedes dicen?
 ¿Qué hay, al presente,
 más de un arduo problema
 muy trascendente
 que alarma aun á los hombres
 de mucho seso?
 ¿Y qué? ¡No hay que asustarse!
 ¿Quién piensa en eso?

* *

Pérez Galdós ha alcanzado un éxito con su nuevo drama *Mariucha*.

Los críticos, en general, elogian al grande escritor que tantos admiradores tiene.

Y se me ocurre pensar:
 No faltaba más, sino
 que, como ya hay un torero
 que defiende á Salmerón,
 salga el *Taleguilla chico*

diciéndonos que Galdós
 no sólo es gran novelista,
 sino un distinguido autor
 que señala nuevos rumbos
 en el teatro español.

* *

¡Hombre! ¡Un nuevo negocio!
 En Madrid se ha instalado una fábrica... ¿de qué, dirán
 ustedes?, ¡De patatas fritas!
 Sí, señores; es la pura verdad.
 Los señoritos, al volver de paseo, acuden allí, á la fábrica
 esa, á comer patatas.

Es una moda de la gente elegante.
 Cuando eso supo, un golfo colillero
 le dijo á un compañero:

—¡De moda las patatas! ¡Mía qué extrañol
Gachó, pues como dentro de unos días
 pongan también de moda las judías,
 somos tú y yo elegantes todo el año!

* *

Para cosas originales y estupendas, ya ustedes lo saben,
 los E. E. U. U.

En Ottawa—cuenta un periódico—se anunció una lotería para las mujeres en estado de merecer.

Cada billete costaba 20 dollars y el premio era un joven,
 guapo él, aunque gandul y holgazán él, quien en seguida
 contraería matrimonio con la *agraciada*.

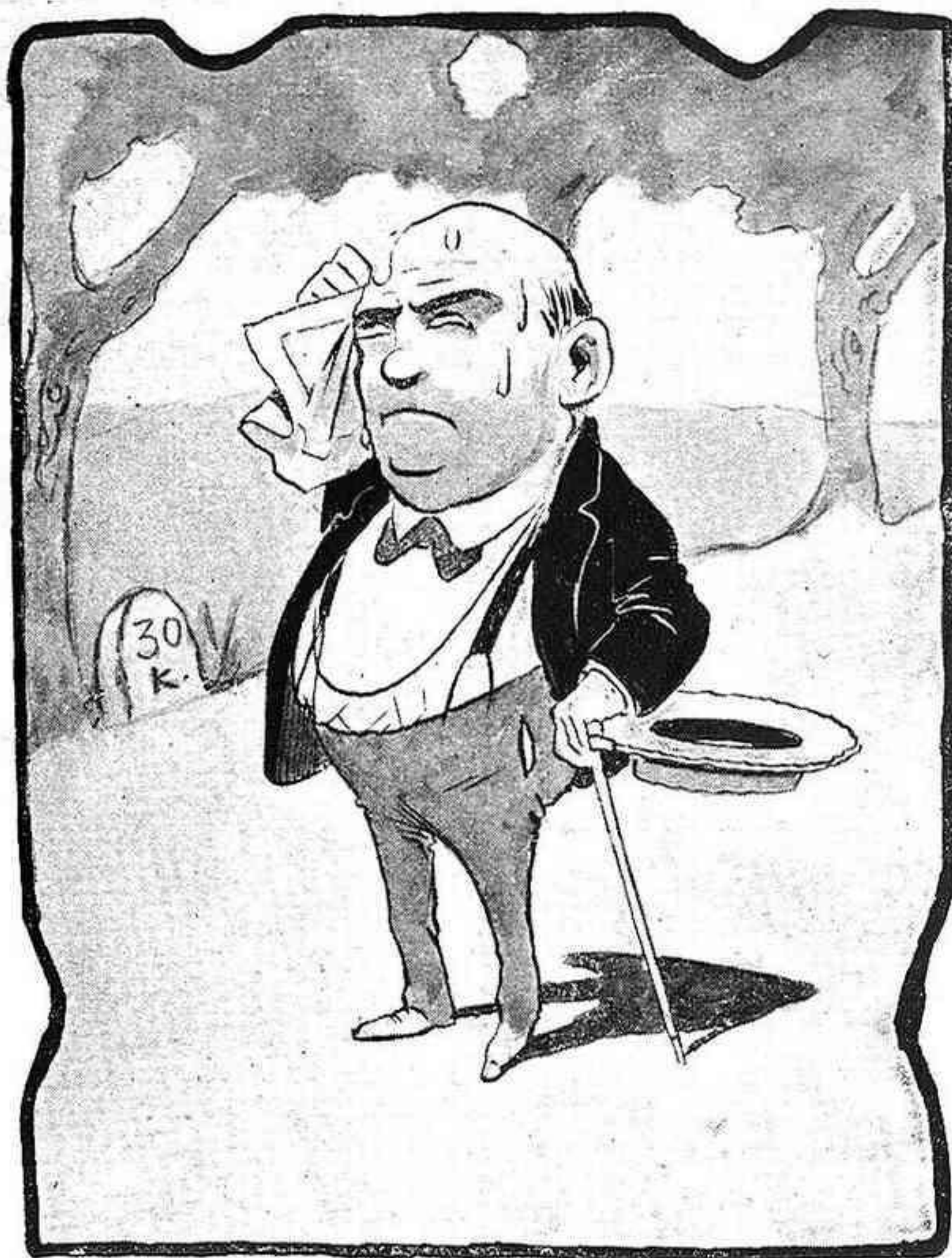
Días antes de la extracción, hubo que poner el cartelito:
 ¡No hay billetes!

El bello mancebo, el «gordo»—aunque no era gordo precisamente—le cayó. ¡á una hembra sesentona, fea y flaca!

¡Anda! ¡Ella fea y vieja
 y él gandul y holgazán? Por vida mía,
 que hacen buena pareja.
 ¡A los dos les cayó la lotería!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

BIEN
BIBLI
MAY



1.—Un hombre sale de su casa y con este calor ¡claro! se pone á sudar al momento.



2.—Pero el tal hombre es prevenido y todo puede arreglarse.



3.—Con sólo inflar un poco primero y después un mucho...



4.—...aun cuando sea en mitad de una carretera, se descansa que es un primor.



AMOR LAZARILLO



Sacrificio

LA luz de la tarde agoniza, penetrando por la estancia de una humilde buhardilla. Sobre duro jergón de mal esparto se ve sentada una mujer, que oprime contra su pecho un niño famélico, como si quisiera con el calor de su seno apagar el hambre devoradora que sentía aquella criatura, que de vez en cuando levantaba su dorada cabecita, y fijando su vista en la de su llorosa madre, se escapaban de sus labios secos y amoratados por la necesidad, estas terribles palabras: ¡pan...! ¡quiero pan...!

Entretanto, y en otro rincón de aquella destartada estancia, un anciano, postrado sobre unos restos de sucio colchón, presa de terrible fiebre que le martiriza, lucha entre la vida y la muerte, pidiendo en sus constantes delirios ser arrebatado ya de este mundo, para terminar con su vida las penas y sufrimientos que tenían postrado su cuerpo y rendida su alma.

Por último, y como marco de aquel terrible y doloroso cuadro, un pobre hombre, joven aún, pues apenas cuenta ventiséis años, vestido con el humil-

de traje de los hijos del trabajo cubriendo con las manos su demacrado rostro y como no queriendo presenciar el desenlace de aquel terrible drama, llora amargamente, rogando unas veces y maldiciendo otras, mientras que por su calenturienta imaginación cruzaban distintas y encontradas ideas que le tienen petrificado en el dintel de la pequeña puerta que daba entrada á aquella pequeña sucursal del Purgatorio. ¡Y cómo no llorar! ¡Y cómo no jurar! ¡Si hacía ventiocho horas que no había entrado un pedazo de pan en aquella estancia! ¡Si eran su esposa, su hijo y su padre, los que desfallecían de hambre y de miseria!

El era el único amparo y sostén de su familia; hacía un mes que se encontraba sin trabajo; en vano recurría á quien podía proporcionárselo, y gastados ya los pequeños ahorros, fruto de sus privaciones, en la enfermedad de su padre y en las perentorias necesidades de aquel humildísimo hogar, recurrió al último extremo, ir empeñando las pocas y pobres ropas que tenían, habiendo llevado al usurero el día anterior las últimas y más precia-

das prendas para ellos. Pero aquello también se acabó, y al pobre Juan, que así se llamaba aquel desgraciado, no le quedaba más que un recurso: llamar de puerta en puerta, implorando la caridad pública para encontrar un pedazo de pan con que mitigar siquiera el hambre que sentían los cuatro. Lo pensó, y así lo hizo.

—Espera—le dijo á su mujer,—que pronto vuelvo.—Y abrazando á su hijo:—Ahora te traeré pan—balbuceó á su oído, mientras por sus mejillas corrían abundantes lágrimas.

Y dirigiendo una lastimera mirada á su padre, bajó, mejor dicho, rodó aquellas escaleras, y tambaleándose recorrió las aceras de la ciudad implorando una limosna por amor de Dios.

Maquinalmente tal vez, ó por pedertería quizás, todo, menos por caridad, un gomoso de esos que á la caída de la tarde abundan en las grandes capitales, persiguiendo faldas, alargó dos monedas de diez céntimos á Juan, quien se apresuró á comprar un panecillo, y ávido de llevarlo á su casa, subió volando aquellas pesadas escaleras que poco antes bajara con el alma angustiada. Por el camino había ya hecho el reparto; así es que alargando un pedazo á María, su esposa, y otro á su hijo, se acercó á su padre, y migando el trozo que le correspondía en un pequeño perolito de agua templada, porque ni carbón restaba ya para hacerla hervir, levantó la cabeza del anciano, quien en un abrir y cerrar de ojos devoró lo que con tanta solicitud le presentó su hijo. ¡Tal era el hambre que sentía! Al poco rato un sueño, al parecer reparador, engañaba aquel enfermizo cuerpo.

—¿Y tú no comes, Juan mío? — le preguntó María, viendo que su esposo guardaba en el bolsillo el último resto del panecillo.

Acercóse Juan á su esposa, y sentándose sobre

el duro esparto, la dijo muy quedo, para que no pudiera apercibirse el viejo por si despertaba:

—Tengo un hambre de ventiocho horas como lo tenfais vosotros hace poco; pero ya lo sabes, mi padre está allí, y más falta le hace á él; quiero cumplir hasta el fin con el sagrado deber de un hijo, y mientras yo pueda, mi padre no morirá de hambre.

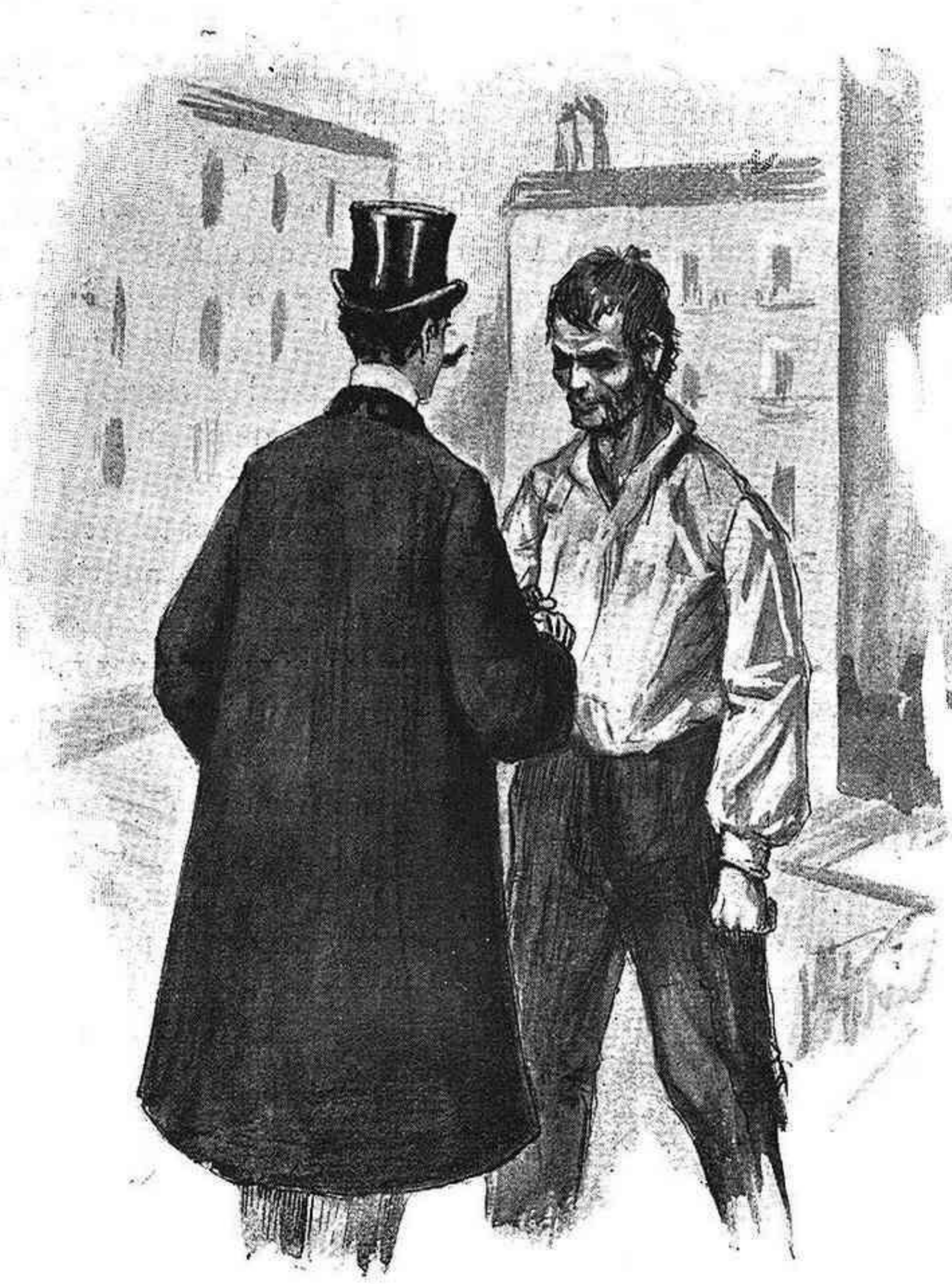
—Pues morirá él y moriremos todos nosotros—replicó María,—mientras no hagas lo que te he dicho hace ya más de quince días, mientras no cojas á tu padre y lo conduzcas al Asilo.

—¡María, por Dios! — dijo Juan, —no me tortures más de esa manera; ya se apiadará Dios de nosotros; mira, mañana mismo comienzo á ganar nuevo jornal; ya te he dicho que he encontrado trabajo, y, mal que bien, podremos seguir tirando, y creo que ya no llegue otro día como el de hoy.

—Desengáñate, Juan, desengáñate; trabajarás mañana y te matarás trabajando una semana, un mes, seis, y siempre estaremos lo mismo; la miseria no se apartará nunca de los umbrales de nuestra pobre morada, porque tu jornal escaso no basta para atender

á la curación de tu padre. Piensa que también tienes un hijo, y con él, contraído el deber de mantenerlo, y no dejarle perecer de hambre como hoy, porque ya ves este ángel está más muerto que vivo. Y todo por no hacerme caso, todo por no llevar á tu padre al Asilo, donde estará mejor cuidado, donde no le faltarán los alimentos, donde...

—Buscará en vano el cariño de su hijo—le replicó Juan,—y al ver que no le encuentra á su lado, morirá de pena y de sentimiento viendo que yo le he abandonado en el lecho de un Asilo, cuando ya su vida se acaba, cuando más falta tiene de mí, que no me he separado de él un solo instante. No,



María, perdóname. Sería un grandísimo remordimiento para mí.

—Pues, haz lo que quieras—dijo entonces María; —pero yo tampoco puedo consentir que sacrifiques la vida de tu hijo por la de tu padre; cuídale enhorabuena, recoge su postrer suspiro, que no otra cosa ya creo que puedas hacer por él, y perdóname que yo sea la que busque en el Asilo pan para mi hijo y alimento para mí, que ya no puedo más!—Y pretendiendo incorporarse, le faltaron las fuerzas, cayendo desplomada sobre el jergón, presa de uno de esos ataques que se sienten por desfallecimiento, cuando el estómago está vacío y la cabeza deja de funcionar.

Juan se sentía también desfallecer por momentos, contemplando el horroroso cuadro que á su vista se presentaba, luchando en su alma el dilema horrible de mandar á su padre al Asilo á terminar sus días, porque los cuidados que su enfermedad requerían le robaban el tiempo para ganar el mísero jornal, que no bastaba á cubrir las necesidades de todos, ó dejar al anciano lanzar el último suspiro en sus brazos, expuesto á que su hijo sucumbiera también por falta de alimento y cuidados.

—¡Pan!... ¡papá, dame pan!—balbuceó el pequeño, despertando á Juan de su letargo, y cuando éste se disponía á darle el mendrugo que guardaba para sí, oyó la temblorosa voz de su padre que decía:

—Juan, hijo mío, ¿dónde estás? ¿No tienes una sopita?

Y partiendo en dos su ración, puso en las manecitas de su hijo un pedazo, mientras que el otro lo volvió á migar para darlo, como la ración anterior á su padre, quien al tomar los primeros bocados prorrumpió en amargos sollozos.

—¿Qué tenéis? ¿Por qué lloráis, padre mío?—le dijo Juan besándole en la frente y juntando sus lágrimas á las del anciano.

—Porque he tenido un sueño horrible, ó delirio, no lo sé—repuso el viejo—pero te veía acompañado de cuatro hombres que conducían una camilla para llevarme al Asilo, porque, cansado ya de mí me abandonaste, y yo buscaba tu cariño... tus cuidados... pero en vano.

—¡Padre mío!

—Espera no me interrumpas; allí en aquel asilo, falto de tus consuelos, para mayor castigo, pasé muchos años no recuerdo el número, y una de aquellas interminables noches vi que ocupaba la cama al lado de la mía, un hombre joven aún. Al amanecer aquel nuevo día, reconocí aquel compañero de infortunio. ¡Era mi Juan! ¡eras tú, hijo de mi alma!, á quien había conducido la noche anterior tu mismo hijo, imitando lo que años antes hiciste tú conmigo! ¿Sería aquello una terrible herencia que quedaba de padres á hijos? No puede ser, porque no puede ser tampoco que aquel Juan de mi delirio fueras tú, ¿verdad hijo mío?... ¿Pero, por qué lloras? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me dices que todo ha sido un sueño?

Por toda contestación Juan abrazó á su padre con tal fuerza, con tal frenesí, que lo ahogó contra su seno, cayendo ambas cabezas desplomadas, sobre la sucia almohada, mientras que en aquel momento se oía una voz infantil que exclamaba:

—¡Pan!... ¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Quiero más pan!

Al día siguiente el Juzgado levantaba los cadáveres del anciano y de Juan, mientras que á la puerta esperaba un coche celular para conducir á un manicomio á la pobre María, á quien á duras penas pudieron arrancarle el niño, que de paso dejaron los agentes de la autoridad en la Inclusa, Hôtel infantil de los hijos del crimen, de la deshonra y del infortunio; en una palabra, de los desheredados de los hombres.

J. CRUZ RIVERA

Agosto 1901



Rosas del crepúsculo

EL postrer rayo de la luz fulgura,
y en las vagas penumbras misteriosas
las dolientes campanas, quejumbrosas,
sollozan la canción de su amargura.

Incubando tesoros, á la altura
se yerguen las montañas silenciosas,
y deshoja el crepúsculo sus rosas
sobre las cumbres de nevada albura.

Así, como el crepúsculo derrama
los pétalos rosados de su llama,—
Mientras lanzan los bronces su gemido.—

En las gélidas nieves de las cimas,
yo deshojo las rosas de mis rimas
sobre la helada frente del Olvido.

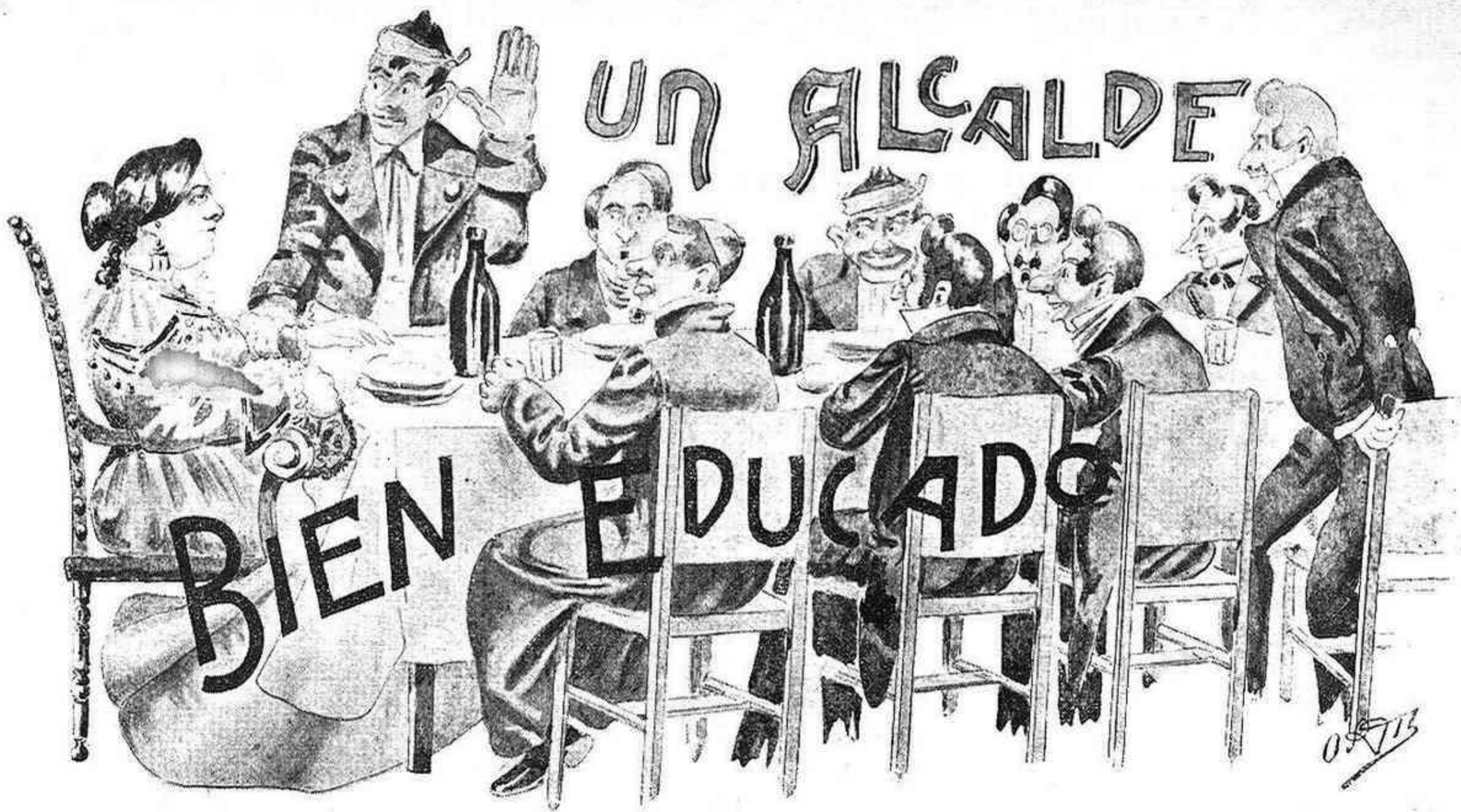
CARLOS ORTIZ

Buenos Aires.



Con su hija Gertrudis,
doña Margarita,
da todas las tardes
una vueltecita.

Porque si esta sílfide
no ve á su Agapito
no duerme, y la pobre
pierde el apetito.



HACE ya bastantes años tuvo una reina de España, de cuyos hechos conserva tristes recuerdos la patria, la idea de hacer un viaje y visitar la comarca

los platos que se fabrican desde fecha muy lejana en Muel; los barbos de Utebo; las sabrosas mantecadas de Brea; las dulces frutas del campo de Monzalbarba;

unas cuantas horas antes de que la reina llegara, llegó al pueblo un mayordomo de los que la acompañaban, y comunicó al alcalde la noticia inesperada.

— ¿Qué quíe usted que hagamos— dijo el alcalde— pa osequiala?

— Prepare usted una comida en el salón de la casa de Ayuntamiento.

— Corriente, señor... La idea no es mala.

— Aquí le entrego mil reales. Gaste usted lo que haga falta.

— Bien. Si le paice, pondremos en la comida, unas magras con tomate; unos callisos, unas judiicas blancas con orejica de cerdo que las hará la Gaspara, mi mujer, de la manera que ella acostumbra á guisálas, una juente de menudos y un güen plato de ensalada...

— ¡Hombre!... Esa comida creo que le hará muy poca gracia á la reina. ¿No hay perdices?

— No, señor. Las que se matan,



aragonesa. Aunque entonces el que á viajar se arriesgaba se exponía á cien peligros y molestias, por la falta de caminos y de trenes, no quiso la soberana por temor á esas molestias que no la preocupaban, dejar de ver cuantos pueblos en Aragón llevan fama por tener alguna industria especial, por sus hazañas, por conservar monumentos históricos de importancia, por sus hermosos paisajes ó por otras muchas causas.

De esta manera, la reina, durante algunas semanas, fué probando ó conociendo, según de qué se tratara,

las ricas cluecas de Quinto; las tortas de cucharada de Rueda; las especiales cerezas de Montañana; el vino de Cariñena y el mostillo de Morata de Jalón... (De Jalón dije, pero á poco se me escapa decir Morata del Conde y, si lo digo, me matan). Pues bien, hay quien asegura que un día se encaminaba con toda su comitiva la reina de quien se trata á un pueblo de esos (no cito el nombre, por no hacer falta). Para que no sorprendiera en el pueblo su llegada y dispusiera el alcalde el modo de agasajarla,



Del libro «Más baturradas».

se envían á Zaragoza...
 —Lo siento mucho... ¡Qué lástima!
 —En cambio podré servirles
 unas guindillas asadas
 que l'harán chupar los dedos
 de gusto...

—Ponga lo que haya,
 pero sirva la comida
 con la mayor abundancia.—
 Hechos los preparatorios
 que en aquellas circunstancias
 había que hacer, la reina
 llegó la misma mañana
 y la recibió el alcalde
 de una manera tan franca
 que malas lenguas afirman
 que hasta llegó á tutearla...
 Después de haber visitado
 el pueblo la Soberana,
 dió principio la comida
 que «aunque era probe—palabras
 del alcalde—él respondía
 de que era *de confianza*
 porque estaba hecha con toda
 la limpieza que Dios manda».
 Comió, de todo, la reina
 más que con gusto, con gana.

Cuando llegaron los postres,
 Su Majestad, que se hallaba
 desde algunos días antes
 fuertemente acatarrada,
 abrió un bolsillo de raso
 con bordados, que llevaba,
 para sacar el pañuelo
 que le estaba haciendo falta...
 Vió ese ademán el alcalde
 y creyendo que trataba
 de sacar de aquél bolsillo

unas monedas de plata,
 sujetándole la mano
 la dijo:—¡Aquí naide paga!..
 Tó está ya pagao, señora,
 y por más esjuezos que haga,
 á usté no himos de tomale
 abso!utamente nada!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

(Ilustraciones de Ortiz.)



Delirium

AL través del ramaje y echado sobre el lecho de hojas secas que forma ahora la caída de las mismas en el *campo del moro*, y en una tarde plácida y triste á la vez, cuales lo son las de estos días de transición á invierno, veía brillar el sol ya en su ocaso, tal como brillan las miradas de las gaitanas, tras las redes del bordado tul que con el nombre de mantilla adornan sus cabezas.

Tendido junto al tronco de un acasio, á su pie, y convirtiendo en rústica almohada mi abrigo en rollo, miraba cómo iban encendiéndose las estrellas en los profundos espacios de la atmósfera azul que llaman Cielo; el sentimiento de la belleza que me inspiraban los mil y mil caprichosos paisajes forjados por mi imaginación ante los cambios de luz de los últimos crepúsculos vespertinos, tendríanme en éxtasis completo y encantador, si el arrastre que oía de una culebra persiguiendo á un pájaro, no me dejara impresión penosa y algo de la fascinación que el reptil sobre el ave ejerciera, casi hipnotizándome con la persistencia y monotonía de sus movimientos. Yo no sé, juraría que no estaba dormido; del cáliz de una adelfa que se entreabría bostezando, vi de pronto salir un ser de forma ex-

traña y rara: era como un mono pequeño y horriblemente aditado, que traía por corona una sortija, por cetro una espina de pescado, y de cuerno ó trompa, el fragmento de una uña torcida en espiral.

Al ruido que en el cuerno produjera el soplar de aquella boca, ruido agudísimo, densísimas tinieblas como un velo negro, se extendieron por completo en todos los ámbitos de la azul esfera hasta entonces bañada en luz; y una voz que cerca de mí imperceptible salía con sonido agudo y penetrante, como el producido por un mosquito, helándome la sangre y casi matándome de espanto, se dirigió á mí, y así me habló:— ¿Nada, nada al morir se acaba, y persiste en el muerto la existencia que solo se transforma simplemente, sin pérdida alguna de los átomos del ser? ¿Es hija nuestra alma del cerebro solamente, y vive lo que vive la masa cerebral? Pues, toma, toma y experimentalo en ti.

Aguda punta hirió dos veces mi cuello, hasta llegar al fondo de mi boca; dolor intenso me acompañó y me sentí morir...

Cuando volví en mí, era ya entrada la noche, hacía bastante fresco, y, tenía anginas.

ANGEL DE LA VEGA



Indiferencia ú si se quiere, desprecio.



¡Me hacéis de reir, don Gonzalo!



¡Horror, terror y furor!

Nota patriótica

HEMOS tenido ocasión de ver la artística plancha de plata, que con expresiva y cariñosa dedicatoria la colonia de Fernando Póo, regala á su bizarro é inteligente gobernador general don José de Ibarra y Autrán, con motivo de ejercer aquel difícil cargo, por tercera vez, con gran satisfacción por parte de todos los residentes en aquella colonia.

Dicha placa ha sido costeadada por todos los elementos de aquella población, y salió el acuerdo en unos festejos que allí improvisaron para celebrar la última llegada del dicho señor Ibarra, y con cuyo fin, abrieron una suscripción popular.

Está hecha en los acreditados talleres de don Jaime Vachier, con sumo gusto, y demostrando de lo que son capaces nuestros artistas, á los que es justo felicitar por su obra.

Con este motivo, tenemos el gusto de publicar el retrato de dicho señor y una fotografía de la citada placa.

Pasando por alto los brillantes comienzos de la carrera de este ilustre marino, debemos recordar que, ya en Mayo de 1878, llevando algunos años de teniente de navío, fué nombrado profesor de la Escuela Naval, cargo que desempeñó hasta Junio de 1881, tan á satisfacción del gobierno, que le recompensó otorgándole la consideración de caballero de primera del Mérito Naval. Al cesar en dicho cargo, fué destinado al Instituto y Observatorio Astronómico de San Fernando, con el carácter de astrónomo auxiliar del sabio é inolvidable director don Cecilio Pujazón.

Por su inteligencia, laboriosidad y aplicación, fué designado para la observación en Puerto Rico, del paso del planeta Venus por el disco del sol, dejando terminada su comisión en Enero de 1883. Luego fué nombrado para hacer observaciones astronómicas en las Islas Canarias, con objeto de terminar la diferencia de longitud con el Observatorio de San Fernando, comisión que realizó con la exactitud que distingue á todos sus trabajos científicos.

El año 1885, en circunstancias difíciles con Francia, le confiaron el Sub-Gobierno de Elobey, en el Golfo de Guinea, en donde con mucha diplomacia supo salvar algunos casos que hubieran podido degenerar en conflictos.

Durante el desempeño de este difícil cargo, hizo dos expediciones militares para las cuales fletó un vapor alemán, dirigiendo la una sobre Corisco, y la otra sobre el Utamboní, afluente del río Muni.

La primera tuvo por objeto terminar con la esclavitud que existía en aquella isla, lo que logró con sus acertadas disposiciones en muy pocos días, y en la segunda, se proponía amparar á los comerciantes europeos que se hallaban amenazados por los indígenas de aquellos contornos. Esta segunda expedición la realizó en dos días, y en ellos tuvo la dotación ocho bajas, como consecuencia de un ataque inesperado de los pamues, al proteger el desembarco de las existencias que tenían las factorías del pueblo de Kororo.

Por ambas expediciones obtuvo la cruz de primera clase del Mérito Naval, con distintivo rojo.

En 1887, fué destinado á la Comisión de límites del Golfo de Guinea, en Francia.

En 1889, siendo teniente de navío de primera, fué nombrado gobernador general de Fernando Póo y sus dependencias, dando pruebas evidentes de un don especial, del que dejó gratos recuerdos entre sus subordinados y en toda la colonia. Luego fué destinado á Balabac como jefe de la Estación Naval, en cuyo cargo cesó en 1893.

En 1894, fué nombrado segundo comandante de Marina, en Cádiz, y durante ese destino interinó largo tiempo el de comandante.

Allí son muy conocidos los excelentes servicios



que prestó durante el tiempo que desempeñó aquella comandancia, pues todos los periódicos elogiaron su comportamiento cuando el naufragio del «Reina Regente», y en las distintas expediciones militares que partieron de aquel puerto en nuestras últimas guerras coloniales, logró embarcar 90.000 hombres sin la más leve confusión y con todo género de comodidades.

En 1896, que cesó en dicho cargo, le dieron el mando de la Brigada Torpedista, organizando entonces el taller de electricidad y torpedos que con tan brillante resultado viene funcionando.

Ascendió á capitán de fragata en 1897, siendo entonces nombrado ayudante mayor del Arsenal de la Carraca.

En 1898 fué nombrado segundo comandante del crucero «Alfonso XIII» siendo luego, en 1900, destinado por segunda vez á Fernando Póo, con el cargo de gobernador general.

Allí ha dado á la publicidad varios trabajos de agricultura curiosísimos, reorganizó algunos servicios que á su llegada á aquel punto estaban completamente desmoralizados, y en la actualidad, está dando grande impulso á las obras públicas de aquellas posesiones y el comercio se desarrolla por las facilidades que presta para ello. También ha organizado varias expediciones al interior de los nuevos territorios que nos cedió Francia para hacer reconocer y respetar á aquellos indígenas nuestro pabellón, y se ocupa constantemente en mejorar y sanear la población de Santa Isabel, teniendo, entre otros proyectos.

Está condecorado con la placa de San Hermenegildo, la placa del Mérito Naval blanca, pensionada; la Cruz Roja de primera clase del Mérito Naval; la Cruz de primera clase del Mérito Naval blanca y otras varias y su nombre es querido y respetado por todos.

¿QUÉ ES LA CUESTIÓN SOCIAL?



—Un motivo por tenernos *reventaus* á todos.



—¡Pamplina *pa* los canarios, mi amigo!



— Cuestión de artículo de fondo.
¡Y que dure mucho el tema!



—... ¡Descartes, Tito Livio, Mecenas, Adán, Eva, Lerroux... ¿quién no se ha preocupado de la cuestión social?



—¡Pues no me había enterado de que había cuestión social!



—¡Ganas de perjudicarnos que tienen unos cuantos harapientos!...



EPIGRAMAS

Por amigos ayudado
medraste gracias á ellos,
pero sé, que, con aquellos
por los cuales has logrado
protecciones oficiales,
has entablado amistad,
por ser de la sociedad
protectora de animales.

Con casamentero afán
miras soñando una ganga
las estrellas de la manga
de tu primo el capitán.
De romántica te sellas
aunque niegues; es lo mismo;
¿qué mayor romanticismo
que mirar á las estrellas?

— Como es bizca — dice un yerno —
desde que yo me he casado
mi suegra siempre ha mirado
la pobre contra el gobierno.—
Añade que es un demonio,
y se comprende muy bien,
que siendo bizca, también
mire contra el matrimonio.

José M.^a SOLÍS Y MONTORO

* *

Un borracho entra tambaleándose en una botica.
—¿Quién despacha?
—¿Qué desea usted?
—Una botella de vino...
—¿Cree usted que esto es una taberna?
—Vino de peptona, hombre. Como no deja
usted hablar...

* *

Un protestante viaja en un coche con un humilde sacerdote á quien acaba de morirle la mula en que iba á cumplir su sagrado ministerio.

El discípulo de Lutero quiso embromar al virtuoso presbítero, y le dice:

—Pero, señor cura, ¿y ha dejado usted sin sacramentos á la cabalgadura?

—Era protestante,—respondió el sacerdote.

* *

PASATIEMPOS

ROMBO

.
.
.
.
.

Substituir los puntos por letras que digan: 1.^a, consonante; 2.^a, prenda militar; 3.^a, nombre de varón; 4.^a, tiempo de verbo; 5.^a, consonante.

* *

TARJETA ANAGRAMA

PETRA LARA

Combinar las letras de modo que digan una zarzuela del género chico.

* *

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 — Nombre de varón.
1 3 1 5 — » » »
3 4 5 — Título.
3 1 — Tiempo de verbo
4 — Vocal.
3 4 — Musical.
3 1 5 — Tiempo de verbo.
5 4 5 4 — Número.
2 1 5 3 4 — En el carnaval.

E. PAREDES ZAPLANA.

* *

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

TRIÁNGULO: R O S A
O L E
S E
A

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Carretera.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Damisela.

CORRESPONDENCIA

J. C. Rosario de Santa Fe.—Muy agradecido por su recuerdo. Se publicará.

Un congrio —Pues verá usted: sus versos están bien medidos, tienen soltura y armonía; en cambio el asunto es *démodé*, lo mismo que el metro que emplea.

Creo que procurando ser «más moderno» hará usted cosas bonitas

Un ché.—Adelantándonos á sus deseos, organizamos un número dedicado casi en su totalidad á la hermosa ciudad del Turia, con motivo de sus fiestas. Creo que habrá de gustarle.

R. S. A.—Puede enviar lo que guste y procuraremos complacerle.

M. de S. Y.—No puede ser en un periódico de la índole del nuestro.

X. y Z.—Hace usted muy bien: aquí acogemos todas las indicaciones que con la cultura y galantería que usted emplea, se nos hacen. Tendremos en cuenta las suyas.

Un vaticanista.—El deseo de información conduce á extravíos é inconveniencias siempre lamentables. Hay que obrar con prudencia. Por lo demás, todo está preparado para publicarlo en ocasión oportuna.

Sisebuto.—Perdone por Dios, hermano. Otro día será.

Un lector.—Sí, señor; puede pedir los ejemplares que guste de *La ciega de Sorrento*, pues ya está la novela terminada y encuadernada. Precio 1'50 pesetas.

L. Mento.—Mire usted, esas cosas, ó hacerlas bien ó no hacerlas. Es lo derecho.

Piscis.—Gracias por sus bombos.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.